

ENTRE LA GRAN CHICHIMECA Y EL GRAN NOROESTE:



Beatriz Braniff con un grupo de alumnos de la ENAH y el Prof. Armando Quijada en La Proveedora, Sonora, 1976.

ELISA VILLALPANDO CANCHOLA
Centro INAH Sonora

En la primavera de 1976, un grupo de estudiantes de la ENAH llegaba en tren a Hermosillo para hacer sus prácticas de excavación en La Proveedora, sitio monumental de petrograbados en el corazón del desierto sonorense. Los recibían Braniff y Oliveros en el primer centro de investigación que el INAH estableció en el Noroeste de México.

La excavación de La Proveedora la dirigía Beatriz Braniff a quien acompañaban Julio César Montané y Armando Quijada. Los estudiantes de arqueología llegaron al sitio y bajándose de “la gorda” (que así se llamaba esa pick-up), empezaron a escudriñar el suelo ... eso habían aprendido en los semestres de la ENAH, había que revisar concienzudamente el terreno en busca de tepalcates y lítica. La Braniff, en el tono que la caracterizaba cuando algo no le parecía, nos increpó diciendo: “¡Levanten las cabezotas y admiren lo que tienen en frente en las rocas!”. Ese fue el primer contacto que aquellos estudiantes tuvimos con los cientos de grabados de los antiguos moradores del desierto y así fue como dio inicio la larguísima cadena de aprendizajes de esa mujer extraordinaria que fue y siempre será Beatriz Braniff.

Beatriz nos enseñó –desde esa primera estancia en Caborca– que la arqueología debe hacerse con pasión, que no se constriñe al pasado y que siempre es necesario conocer qué ha ocurrido en épocas anteriores para entender cómo es la gente actual. También nos mostró que es indispensable entender la naturaleza de la región y así fue que nos llevó a la costa a acampar a Puerto Lobos, a Cerro de

Trincheras y La Playa, y al corazón del desierto sonorense en El Pinacate, donde nos esperaba en aquél lejano 1976, el señor del malpaís, el mismísimo Julian Hayden.

Beatriz no solo fue generosa con su conocimiento académico, también compartió el contacto cálido con quienes habían investigado el área antes que ella, y en muchos casos la amistad perduró a lo largo de los años, cuando Beatriz y Arturo ya habían emprendido otros vuelos. Nos llevó a presentarnos con los profesores de la Universidad de Arizona y los entonces alumnos de su papá Emil Haury, alumnos como Randy McGuire, Ben Brown y otros colegas del “otro lado”, con quienes empezamos a cuestionar por qué se decía que Sonora, Chihuahua, Sinaloa o Durango eran parte del Gran Suroeste.

Beatriz nos encaminó a los seminarios y simposios de Arizona y Nuevo México para dar a conocer los resultados de nuestras investigaciones. Ana y yo recordaremos por siempre *the following paper* en una Mogollon Conference, a los pocos meses de habernos integrado como asistentes en el Centro Regional del Noroeste. Desde los primeros meses en Sonora Arturo nos alentó a viajar, pero la que cargaba con nosotras era Beatriz; con ella recorrimos en el safari la distancia entre Hermosillo y Tucson muchísimas veces. Nos llevó a Amerind Foundation a cenar con Charlie DiPeso, conocer el museo, los archivos y las colecciones, mucho antes de que se instituyeran los Seminarios que han vinculado la arqueología de las cuatro esquinas internacionales.



LA PRESENCIA BRANIFF

Eran los tiempos del *boom* de la *New Archaeology* y para nosotras (Ana María y yo) encontrar en simposios a algunos de los nuevos arqueólogos era una experiencia maravillosa. Beatriz, aunque no era muy su fan, nos seguía la corriente y hasta llegó a decirle a Fred Plog en una ocasión, que iba a tomarnos una foto con él, a lo que Plog un poco extrañado accedió y ahí quedamos veintiañeras, bien sonrientitas Ana y yo, con un Plog serio itan *new archaeologist!*

Esos fueron también los tiempos del *World Systems Theory*, cuyos postulados compartía Beatriz con Dick Pailles, y seguían en boga los modelos de pochtecas en las perspectivas de J. Charles Kelley, Phil Weigand y otros: que si las turquesas bajaban por una ruta y las guacamayas subían por otra; para quienes nos debatíamos entre la arqueología social y el materialismo histórico, eso nos sonaba demasiado difusionista. Esos autores buscaban de una u otra manera los elementos mesoamericanos, las rutas de comercio y la explicación de todo lo que había ocurrido debido a eventos en regiones distantes, pero según nuestro modo de ver no respondían qué había pasado si no estaban presentes. Beatriz incursionó en la explicación de lo local sin perder su esencia mesoamericana y ciertamente tuvieron que pasar muchos años para que -al menos yo- llegar a entender los alcances de llamar de una forma u otra al enorme espacio en donde trabajábamos, pues no se trataba solo de ver si estaba presente la greca escalonada o la cerámica de división cuatripartita en lo que Beatriz decía que era mejor llamar “el Gran Noroeste”. Cuando me animaba a decirle que no compartía esa visión mesoamericana y por qué mejor no buscábamos qué había pasado en los desarrollos locales, recibía su crítica por ser tan aferrada con su gesto característico y un “¡Ay Ericita!”.

Pero ya fuera en La Gran Chichimeca, the Greater Southwest o el Gran Noroeste, Beatriz era ama y señora. Creo que no hay un libro de esos años que no contenga un artículo suyo y su presencia siempre era requerida en los eventos académicos del *Southern Southwest* a los que siguió acudiendo por varios años, aun desde su residencia en Colima.

En 2000 se reconoció del lado mexicano su trayectoria con “Nómadas y sedentarios”, congreso organizado por la UNAM, la UJED y el INAH y fuimos

con ella al sitio arqueológico La Ferrería. En el 2002 Arizona Archaeological and Historical Society le otorgó el Byron Cummings Award por su destacada investigación y contribución al conocimiento del pasado de las sociedades del Suroeste y Noroeste de México. Es la única mexicana que ha recibido ese reconocimiento.

Lo que las “viejas” pensaban era para Beatriz muy importante. Esto quedó de manifiesto de manera excepcional cuando a tres norteñas y a una todavía más norteña, nos invitó a participar en lo que lleva por nombre La Gran Chichimeca, el lugar de las rocas secas. Beatriz tenía una capacidad extraordinaria para convencernos de participar en responsabilidades compartidas, para organizarnos y exigirnos resultados en corto tiempo; lo más meritorio de su coordinación de La Gran Chichimeca -a más de haber logrado una obra muy bella- fue haber conseguido conciliar narrativas tan diferentes como las de Linda Cordell o Miriam Hers con la de Lucero Gutiérrez y la mía. Beatriz nos dio las directrices y nos permitió a cada una de las penta-colaboradoras plantear nuestra propia visión de ese enorme territorio que comprende la obra, su *Chichimecatlalli*. Estaba además convencida de que teníamos que llegar a un público amplio y dar a conocer qué había sucedido en La Gran Chichimeca, que fue el nombre que encontró como el más adecuado para lo que en el siglo XVI se ubicaba al norte de los estados mexica y tarasco y se extendía hasta aproximadamente los 38° de latitud Norte, y aunque criticaba a su querido Charlie DiPeso que había señalado que se extendía hasta el Trópico de Cáncer, había tomado de él el concepto como la mejor manera de enunciar esta área.

Para Linda Cordell, que se nos fue sigilosamente también el año pasado, esta obra era tan necesaria para el gran público como para los colegas del otro lado de la frontera, ya que presentaba una visión sintética sobre este espacio, del que Beatriz fue la gran portadora del conocimiento, reconocida por sus herederos norteños y sus colegas gringos.

Es en este espacio que Beatriz Braniff ha dejado su huella y su fama ha trascendido hasta a los que no llegaron a conocerla. No cabe la menor duda que la presencia Braniff ha quedado por siempre asociada con La Gran Chichimeca. Para nosotros los norteños, su espíritu nos cubrirá por siempre. 